

En los mares del sur



William Somerset Maugham

Las narraciones que integran el presente volumen están ambientadas en las lejanas islas de los mares del Sur, un paisaje exótico y sugestivo que inspiró a Somerset Maugham —consumado maestro del relato— unas historias henchidas de tensión moral y siempre resueltas con habilidad y elegancia.

La fuerza de las circunstancias

(The Force of Circumstance)

Estaba sentada en la veranda esperando a su marido para comer. El criado malayo había bajado las persianas al perder la mañana su frescura, pero había levantado en parte una de ellas para poder contemplar el río. Bajo el agobiante sol del mediodía, tenía la blanca palidez de la muerte. Un indígena remaba en un *dugout*, tan pequeño que apenas se distinguía sobre la superficie del agua. Los colores del día, cenicientos y pálidos, sólo expresaban las varias tonalidades del calor (como una melodía oriental en sol menor, que exacerbaba los nervios con su ambigua monotonía mientras los oídos esperaban impacientes una resolución que no llegaba nunca). Las cigarras cantaban su alegre canción con furiosa energía, y era tan continua y monótona como el murmullo de un arroyo entre las piedras; pero repentinamente todo fue ahogado por el poderoso trino melifluido y rico de un ave, que, por un instante, le hizo pensar, con una sacudida en el corazón, en el mirlo inglés.

Después oyó los pasos de su marido en la senda de grava que conducía a la residencia oficial, detrás del *bungalow* donde había estado trabajando, y se levantó de la silla para esperarle. Él subió los escasos escalones que había, pues el *bungalow* estaba construido sobre pilares, y halló al *boy* junto a la puerta, esperándole para coger su sombrero. En-

tró en la habitación que les servía de comedor y de salón, y sus ojos se encendieron de júbilo cuando la vieron.

—¡Hola, Doris...! ¿Tienes apetito?

—Un hambre canina.

—Pues déjame un momento para bañarme y dentro de unos segundos estaré dispuesto.

Desapareció en su habitación y le oyó silbar alegremente, mientras, con el descuido que ella siempre le había reprendido, se quitaba la ropa arrojándola al suelo. Tenía veintinueve años, pero era como un colegial que nunca crecería. Por eso se había enamorado de él, pues todo su cariño no podía convencerla de que fuese atrayente. Era un hombre de baja estatura, con una sonrosada faz de luna llena y ojos azules. Además, en su rostro tenía algunos granos. Le había examinado cuidadosamente, y se vio obligada a confesar que no había en él ni un solo rasgo que pudiera alabar. A menudo le había dicho que en ningún modo era su tipo.

—Nunca dije que fuese una belleza —repuso él riendo.

—Me gustaría saber qué es lo que vi en ti.

Pero, por supuesto, lo sabía perfectamente. Era un hombre alegre y bromista, que no se tomaba nada en serio y que constantemente reía, haciéndola reír también a ella. Para él la vida era un asunto más bien divertido que serio, y, además, tenía una agradable sonrisa. Cuando ella estaba con él se sentía feliz y de buen humor. Y el profundo amor que había leído en sus ojos azules la conmovió. Era una satisfacción ser amada así. Una vez, sentada en sus rodillas, durante su luna de miel, había cogido su rostro entre sus manos diciéndole:

—Eres un hombre feo, gordo y pequeño, Guy, pero eres simpático y no puedo evitar amarte.

Una ola de emoción la envolvió y sus ojos se llenaron de lágrimas. Había visto entonces el rostro alterarse un instante por la fuerza de su sentimiento, y percibió el temblor de su voz al responder:

—Es una cosa terrible haberse casado con una mujer que padece deficiencia mental.

Ella se rió. Era la respuesta precisa que esperaba oír.

Pero era difícil comprender que nueve meses antes no hubiese oído ni siquiera hablar de él. Se habían encontrado en un pequeño pueblecito de la costa, donde ella pasaba un mes de vacaciones con su madre. Doris era la secretaria de un diputado. Guy estaba en Inglaterra, de vacaciones. Se hospedaban en el mismo hotel y él no tardó en contarle detalladamente su vida. Había nacido en Sembulu, donde su padre sirvió durante treinta años al segundo sultán, y al salir él de la escuela también había entrado a su servicio. Por eso se sentía muy ligado a aquel país.

—Así, pues, Inglaterra es un país extranjero para mí —le dijo—. Mi patria es Sembulu.

Y a la sazón era su patria también. Él le propuso que se casasen al final de su mes de vacaciones. Ya había ella adivinado que era eso lo que proponía, y estaba decidida a rehusar. Única hija de su madre viuda, no debía irse tan lejos de ella; pero cuando llegó el momento, no supo a ciencia cierta lo que había sucedido; se vio arrastrada por una imprevista emoción y dijo que sí. Hacía cuatro meses que estaban en aquel puesto avanzado encomendado a él, y se sentía feliz.

Ella le confesó una vez que había estado a punto de decirle que no.

—¿Sientes ahora no haberlo dicho? —preguntó Guy entonces con una alegre sonrisa en sus ojos azules.

—Habría sido una perfecta loca si lo hubiera hecho. Fue una suerte que el destino, o el azar, o lo que fuera, no dejara el asunto en mis manos.

En aquel momento oyó a Guy bajar la escalera de la sala de baño. Era un hombre ruidoso, y aun descalzo no podía pasar silenciosamente. Pero, de repente, profirió una exclamación. Dijo dos o tres palabras en el dialecto local, que ella no pudo entender. Después oyó a alguien que le

hablaba, no en voz alta, sino con un susurro. Realmente aquella gente era demasiado incorrecta para acecharle hasta cuando iba a bañarse. Él habló de nuevo, y, aunque lo hizo en voz baja, se dio cuenta de que estaba colérico. La otra voz se hizo entonces más audible: era la de una mujer. Doris supo que sería alguien que tendría alguna queja. Era muy típico en una mujer malaya acudir de un modo tan furtivo. Pero, evidentemente, no conseguía nada de Guy, pues oyó a éste decirle que se fuera. Percibió el rumor del agua que él mismo se echaba (el sistema de baño la divertía: los cuartos de baño estaban debajo de las habitaciones, en la planta baja, y había en ellos un gran cubo del que el bañista extraía con un cacharro el agua con que había de ducharse él mismo); y después de unos minutos entraba de nuevo en el comedor. Su pelo estaba aún húmedo. Se sentaron para comer.

—Es una suerte que yo no sea una mujer suspicaz ni celosa —dijo riendo—. Porque... no sé, pero no debería aprobar el que tengas esas animadas conversaciones con señoras cuando vas a bañarte.

El rostro de Guy, por lo regular tan alegre, tenía cuando entró un aire sombrío, pero ya se había despejado.

—Realmente no me agradó mucho encontrarla allí.

—Eso es lo que me pareció por el tono de tu voz. Hasta creo que estuviste un poco brusco con ella.

—¡Diablos...! ¡Vaya manera de perseguirme!

—¿Qué es lo que quería?

—¡Ah...! No lo sé. Es una mujer del poblado. Creo que tuvo una disputa con su marido o algo así.

—No me extrañaría que fuese la misma que estuvo esta mañana rondando por aquí.

—¿Es que hubo alguien?

—Sí. Fui a tu habitación para ver si todo estaba limpio y en orden, y después al cuarto de baño, y entonces, al bajar las escaleras, vi a alguien que se escabullía por la puerta y, al salir para ver quién era, vi una mujer.

—¿Hablaste con ella?

—Le pregunté qué quería, y ella dijo algo que no pude entender.

—Pues no voy a permitir que toda clase de gente perdida se pasee por aquí —dijo—. No tienen derecho a venir.

Él sonrió, pero Doris, con la rápida percepción de una mujer enamorada, se dio cuenta de que sólo sonreía con los labios, y no, como acostumbraba a hacer, con los ojos, y se preguntó qué sería lo que le preocupaba.

—¿Qué has hecho esta mañana? —preguntó él.

—¡Ah! Nada importante. Fui a dar un paseo.

—¿Por el poblado?

—Sí, y vi que un hombre hacía subir a un mono por un árbol para que cogiese cocos; era divertidísimo.

—Curioso, ¿verdad?

—Contemplando aquello había dos muchachos mucho más blancos que los demás. Me parece que eran mestizos. Hablé con ellos, pero no entendían ni una palabra de inglés.

—Hay dos o tres mestizos en el poblado —repuso él.

—¿Y quién es su madre?

—Una de las mujeres del poblado.

—¿Y su padre?

—Vamos, querida, ésta es cuestión un poco peligrosa para contestarla. —Hizo una pausa—. Muchos tienen mujeres indígenas y, cuando se casan o vuelven a Inglaterra, les pasan una pensión y las mandan a la aldea.

Doris permaneció silenciosa. La indiferencia con que había hablado le pareció un poco grosera, y, al replicar, su distinguido rostro inglés, franco y abierto, sufrió una contracción.

—Y de los niños, ¿qué?

—No tengo la menor duda de que quedan decentemente atendidos. Por lo regular, el hombre, dentro de sus disponibilidades, procura que no les falte dinero para su

educación. Después se colocan como escribientes en una oficina del Gobierno y viven perfectamente.

Ella sonrió con leve y triste sonrisa.

—No puedes esperar que yo crea que es un buen sistema.

—No debes ser demasiado severa —contestó él devolviéndole la sonrisa.

—No soy severa, pero doy gracias al cielo porque tú nunca tuviste una mujer mala. Habría odiado eso. Pienso solamente que si fuesen tuyos aquellos dos muchachos...

El *boy* cambió los platos. No había mucha variedad en su minuta. Comieron primeramente un pescado de río, de sabor insípido, que necesitaba una gran cantidad de tomate para hacerlo comestible, y después un guisado que Guy aliñaba con salsa de Worcester.

—El viejo sultán no creía que éste fuese un país para mujeres blancas —dijo entonces—. Al contrario, animaba a los hombres para que se relacionaran con mujeres indígenas. Pero, naturalmente, las circunstancias han cambiado. El país está completamente tranquilo, y me parece que ya hemos aprendido a luchar contra el clima.

—Pero, Guy, el mayor de esos muchachos, no tenía más de siete u ocho años, y el otro tendría unos cinco.

—Es terrible la soledad de un puesto avanzado. A menudo no se ve un blanco en seis meses, y aquí se viene cuando se es sólo un muchacho. —Se sonrió con aquella sonrisa que transformaba su faz rubicunda y vulgar—. Comprende que hay muchas excusas.

Para ella fue siempre irresistible aquella sonrisa. Era su mejor argumento. Sus ojos se volvieron, una vez más, blandos y suaves.

—Estoy segura de que las hay —y extendió su mano sobre la mesa buscando la suya—. Pero he sido afortunada conociéndote tan joven. Honradamente te digo que habría sido un golpe terrible para mí si me hubieran dicho que tú habías llevado una vida así.

Él cogió su mano y la acarició.

—Querida... ¿Eres feliz aquí?

—Desesperadamente.

Tenía una apariencia fresca y serena con su traje blanco. El calor no le abrumaba. No tenía más encanto que el de la juventud, aunque eran bonitos sus ojos castaños, y tenían una agradable expresión de sinceridad, y su cabello oscuro recortado era elegante y lujoso. Daba la impresión de una joven espiritual, y se podía estar seguro de que el diputado con quien había trabajado tuvo en ella una competente secretaria.

—En seguida me gustó el país —dijo—. Y aunque paso sola mucho tiempo, nunca he sentido nostalgia.

Por supuesto que había leído novelas sobre el archipiélago malayo, y se había formado la idea de una tierra sombría con grandes ríos misteriosos y con una floresta silenciosa e interminable. Cuando el pequeño vapor costero los dejó en la desembocadura del río, donde los estaba esperando una gran canoa, manejada por una docena de dayacos que habían de conducirlos al puesto, se quedó atónita ante la belleza, más bien amiga que misteriosa, del panorama. Tenía una gran alegría que recordaba el gozoso canto de los pájaros, una alegría que nunca había esperado. En cada orilla del río crecían mangles y ñipas, y detrás, la densa barrera de la floresta. A lo lejos se escalonaban montañas azules, hasta donde la vista podía alcanzar. No experimentó ningún sentimiento de destierro ni de tristeza, sino más bien de anchos y libres espacios, donde una fantasía arrebatada podría vagar a su antojo. El verdor brillaba bajo el sol y el cielo era alegre y risueño. La tierra, amable, parecía ofrecerle una sonrisa de bienvenida.

Siguieron navegando. Sobre sus cabezas volaba una pareja de palomas. Súbitamente cruzó su camino un relámpago de color, como una joya viviente. Era un martín pescador. Dos monos, con sus colas retorcidas, estaban sentados juntos sobre una rama. En el horizonte, al otro lado del río

ancho y turbio, más allá de la floresta, había un grupo de nubes blancas y pequeñas, las únicas nubes del cielo, y tenían la apariencia de un grupo de coristas vestidas de blanco, esperando, contentas y alegres, entre bastidores, a que el telón se levantase. Su corazón se llenó de alegría y, recordando todo aquello, sus ojos miraron a su marido con un afecto firme y agradecido.

¡Y qué divertido fue arreglar su habitación! Era muy espaciosa. Cuando llegó había en el suelo una estera desgarrada y sucia; en las paredes, de madera sin pintar, colgaban, cerca del techo, fotograbados de la Academia de Pintura, escudos dayacos y *parangs*. Las mesas estaban cubiertas de tapetes dayacos de latón de Brunei que necesitaban una buena limpieza, varios ceniceros y algunas miniaturas malayas de plata. En un tosco estante de madera estaban alineadas algunas ediciones baratas de novelas y unos cuantos libros de viajes con una encuadernación de cuero muy usada. Y otro estante estaba lleno de botellas vacías. Era la habitación de un soltero, desordenada, pero severa, y aunque de aspecto la divirtió, la encontró intolerablemente patética. Debió de haber sido una vida triste e incómoda la de Guy, y le echó los brazos al cuello, besándole.

—¡Pobrecito! —murmuró riendo.

Con sus manos hábiles pronto la hizo habitable. Arregló esto y lo otro, tirando lo que no se podía aprovechar. Sus regalos de boda la ayudaron. La habitación llegó a tener un aspecto acogedor y confortable. En floreros de cristal puso maravillosas orquídeas, y ramos de floridos capullos en grandes vasos. Se sentía orgullosa porque era su casa (nunca había tenido en su vida más que un mísero piso), y ella la había hecho encantadora para él.

—¿Estás contento conmigo? —le preguntó cuando hubo terminado.

—¡Ya lo creo! —repuso sonriendo.

Esta categórica afirmación significaba mucho para ella. ¡Qué bueno era que se entendiesen tan bien el uno y el

otro! Ambos eran reacios a exteriorizar sus emociones, y sólo en muy contados momentos se hablaban sin bromas irónicas.

Al terminar la comida él se echó en una otomana para dormir la siesta. Ella se dispuso a marchar a su habitación, pero, al pasar por su lado, vio, sorprendida, que él la atraía hacia sí, besándola en los labios. No tenían la costumbre de abrazarse a horas intempestivas del día.

—Te estás volviendo sentimental —dijo ella riendo.

—Vete... Y que no te vuelva a ver por lo menos en dos horas.

—No ronques...

Ella le dejó. Se habían levantado al amanecer. En cinco minutos estuvieron completamente dormidos. Doris se despertó por el ruido que hacía su marido en la sala de baño. Las paredes del *bungalow* eran extraordinariamente sonoras, y nada podía hacer el uno que no oyera el otro. Se sentía demasiado perezosa para moverse, pero al oír al *boy* llevar las cosas para el té, saltó de la cama y corrió a su cuarto de baño. El agua, aunque no fría, era deliciosamente refrescante. Cuando volvió al salón, Guy estaba sacando las raquetas de la prensa; iban a jugar al tenis, aprovechando el fugaz fresco del atardecer, porque a las seis ya era de noche.

La pista de tenis estaba a doscientas o trescientas yardas del *bungalow*, y, después de tomar el té, se encaminaron hacia ella, ansiosos de no perder el tiempo.

—¡Ah, mira...! —dijo Doris—. Ahí está la joven que vi esta mañana.

Guy se volvió rápidamente. Sus ojos se fijaron por un momento en una mujer indígena, pero no dijo nada.

—¡Qué bonito *sarong* lleva! —dijo Doris—. Me gustaría saber dónde lo ha adquirido.

Se cruzaron. Era una mujer muy agraciada, de baja estatura, con los ojos grandes y oscuros de su raza, y una mata de abundante cabello negro. No se movió cuando pasaron

frente a ella, pero los miró de una manera extraña. Doris vio entonces que no era tan joven como había creído al principio. Sus facciones eran un poco duras, y su piel, oscura; sin embargo, era aún muy bella. En sus brazos tenía un niño pequeño. Doris sonrió ligeramente al verlo, pero ninguna recíproca sonrisa alteró los labios de aquella mujer. Su rostro permanecía impassible. Ni una vez miró a Guy; sólo a Doris, y él pasó como si no la hubiera visto.

Doris se volvió hacia él.

—¿Es mestizo ese niño?

—No me he fijado.

Ella se quedó sorprendida al ver su rostro. Estaba mortalmente pálido, y los granos que tenía y que tanto la molestaban, habían adquirido un color más rojo que de ordinario.

—¿Te fijaste en sus manos y en sus pies? Podía ser una duquesa.

—Todas las indígenas poseen manos y pies maravillosos —repuso, pero no tan jovialmente como hubiera querido, pues parecía como si le costase hablar.

Pero Doris no sospechaba nada.

—¿Sabes quién es?

—Es una de las jóvenes del poblado.

Entonces llegaron a la pista. Cuando Guy fue a medir la red volvió la vista atrás.

La joven estaba aún donde se habían cruzado. Sus ojos se encontraron.

—¿Saco? —preguntó Doris.

—Sí... Las pelotas están a tu lado.

Jugó pésimamente. De ordinario él le daba quince tantos de ventaja y ganaba, pero aquel día le venció fácilmente. Jugaba en silencio, a pesar de que generalmente era un jugador bullicioso, gritando todo el tiempo, unas veces lamentando su torpeza por haber perdido un tanto y otras burlándose de ella, cuando conseguía lanzar una pelota fuera de su alcance.

—No estás en el juego, Guy —gritó ella.

—Ya lo creo —repuso.

Y empezó a jugar con fuerza para vencerla, pero todas las pelotas se le quedaban en la red. Nunca le había visto aquella cara tan seria. ¿Sería posible que estuviera de mal humor porque estaba jugando tan mal? La oscuridad se echó encima y dejaron de jugar. La mujer con quien antes se habían cruzado estaba exactamente en la misma postura, y otra vez, con su inexpresivo rostro, los contempló mientras se alejaban.

Las persianas de la veranda estaban levantadas cuando llegaron, y en la mesa, entre las dos otomanas, había botellas y un sifón. Era la hora en que tomaban la primera bebida del día, y Guy preparó dos *ginslings*. El río se extendía inmenso frente a ellos, y la orilla opuesta de la floresta estaba ya envuelta en el misterio de la noche cercana. Un indígena, con dos remos, remaba silenciosamente contra la corriente desde la proa de su embarcación.

—He jugado como un idiota —dijo Guy rompiendo el silencio—. Me parece que es a causa del tiempo.

—Lo siento. No habrás cogido las fiebres, ¿verdad...?

—¡Oh, no...! Mañana ya estaré bien.

La oscuridad se cerraba sobre ellos. Se oía distintamente a las ranas y, de vez en cuando, unas cuantas notas de algún nocturno pájaro cantor. Moscas doradas revoloteaban a través de la veranda. Los árboles de los alrededores, semejantes a árboles de Navidad, encendidos como lamparitas, brillaban suavemente. A Doris le pareció oír un leve suspiro que vagamente la sobresaltó. ¡Guy estaba siempre tan lleno de alegría!

—¿Qué te pasa, hombre? —preguntó Doris con dulzura.

—Nada. Podemos tomar otra copa —repuso jovialmente.

Al día siguiente, cuando llegó el correo, estaba de tan buen humor como siempre. El vapor costero se detenía ante la desembocadura del río dos veces al mes: una en su

paso hacia las minas de carbón, y otra, de regreso. En el viaje de ida traía el correo, que Guy mandaba a buscar en un bote. Su llegada era un acontecimiento en sus monótonas existencias. Durante el primer día y el segundo husmeaban rápidamente todo lo que había llegado; cartas, periódicos ingleses, periódicos de Singapur, revistas, libros, dejando para las semanas siguientes un examen más detallado. Uno y otro se arrebataban los periódicos ilustrados. Si Doris no hubiera estado tan absorta en todo esto habría notado en Guy algo muy extraño. Le hubiera sido difícil decir en qué consistía y más difícil aún explicarlo. Había en sus ojos una especie de constante vigilancia y en su boca un gesto de ansiedad.

Después, quizás una semana más tarde, estando una mañana en su habitación estudiando una gramática malaya (porque se dedicaba laboriosamente a aprender el idioma), oyó un revuelo afuera. Eran las voces del *boy* de la casa, hablando con acento enfurecido; la del otro hombre, tal vez el aguador, y la de una mujer, aguda e insultante. Después se oyó una bofetada. Ella se acercó a la ventana y abrió las persianas. El aguador había cogido a una mujer por el brazo y la arrastraba hacia afuera, mientras el *boy* la empujaba con las manos. Doris reconoció a la mujer que había estado vagando por los alrededores y, más tarde, cerca de la pista de tenis. Sostenía a un niño contra su pecho. Los tres chillaban furiosamente.

—¡Deteneos...! —gritó Doris—. ¿Qué hacéis?

Al oír su voz, el aguador soltó rápidamente a la mujer que, empujada por el *boy*, cayó al suelo. Hubo un repentino silencio, y el *boy* miró adustamente al espacio. El aguador vaciló un momento y después se escabulló como pudo. La mujer se ponía en pie lentamente, arregló al niño que tenía en sus brazos y se quedó mirando impasible a Doris. El *boy* le dijo algo que ella no pudo oír, aunque hubiera entendido el idioma, pero aunque su rostro no denotó que aquellas palabras significaban algo para ella, se ale-

jó lentamente. El *boy* la siguió hasta la puerta del jardín. Al volver, Doris le llamó, pero él hizo como si no oyera, lo que aumentó su ira, llamándole de nuevo con más energía.

—¡Ven aquí inmediatamente! —gritó.

Y evitando su furiosa mirada, se adelantó hacia el *bungalow*. Al llegar se detuvo a la puerta, mirándola adustamente.

—¿Qué estabais haciendo con esa mujer? —preguntó con brusquedad.

—El *tuan* dijo que no viniera.

—Pues no debéis tratar así a una mujer. No lo quiero. Le diré al *tuan* todo lo que he visto.

El *boy* no contestó; miraba hacia otra parte, pero ella se dio cuenta de que la estaba observando a través de sus largas pestañas.

—Con esto ya hay bastante.

Sin una palabra se volvió hacia el pabellón de los criados. Doris se sentía exasperada y comprendió que le sería imposible seguir prestando atención a sus ejercicios de malayo. Después de un rato, el *boy* entró a poner el mantel para la comida. Repentinamente se fue hacia la puerta.

—¿Qué hay? —preguntó ella.

—El *tuan* viene.

Salió para coger el sombrero de Guy; sus agudos oídos habían percibido, antes que ella, el rumor de sus pasos. Guy, contra su costumbre, no subió inmediatamente; se había detenido, y Doris supuso que el *boy* se había adelantado para contarle el incidente de aquella mañana. Se encogió de hombros. El *boy*, evidentemente, quería contar su historia primero, pero se quedó atónita cuando Guy entró. Su rostro estaba ceniciento.

—¡Guy, por Dios! ¿Qué ocurre?

Él enrojeció violentamente.

—Nada, ¿por qué?

Se quedó ella tan sorprendida que le dejó ir a su habitación sin pronunciar una palabra. El baño y el cambiarse de